Meras Quimeras
AMIGOS DE LETRAS PARA VOLAR
Pedro José Zepeda
Ilustraciones de Ale Tadeo

Meras Quimeras

Pedro José Zepeda
Ilustraciones de Ale Tadeo

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rector General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrector Ejecutivo

José Alfredo Peña Ramos
Secretario General Académico

Sonia Reynaga Obregón
Coordinadora General Académica

Patricia Rosas Chávez
Directora de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Directora de la Editorial Universitaria

Primera edición electrónica, 2016

Texto
© Pedro José Zepeda

Ilustraciones
© Alejandra Tadeo Gómez

D. R. © 2016, Universidad de Guadalajara

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

ISBN 978 607 742 615 8

Autorizado para su distribución gratuita.

Presentación

Letras para Volar es un Programa Universitario de Fomento a la Lectura que inició en 2010 con el fin de contribuir a desarrollar la competencia lectora en todos los grados escolares; principalmente, con el propósito de hacer frente a los insuficientes niveles de lecto-escritura con que parte de los jóvenes ingresan a la universidad; y, en los demás casos, mejorar los estándares de aprovechamiento académico.

Letras para Volar trabaja con niños y adolescentes de primarias y secundarias públicas localizadas en zonas económicamente desfavorecidas. Cada semana, prestadores de servicio social de la Universidad de Guadalajara acuden a diferentes escuelas, casas-hogar, hospitales civiles y espacios públicos como plazas, bibliotecas y ferias del libro para servir a la comunidad a través de estrategias que promuevan el amor por las letras, la ciencia y la cultura.

La colección Amigos de Letras para Volar es el resultado de la generosidad de diversos autores e ilustradores. Va a ellos nuestro agradecimiento por esta sensible contribución, con el deseo de que sus palabras y trazos vuelen junto con los sueños y aprendizajes de la niñez y juventud mexicanas.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rector General de la Universidad de Guadalajara

A Daniela, Sandra y Emilio, flechas de tiempo y
fuego que hieren de felicidad e iluminan mis cielos.

A Sonia, cuyo nombre empieza con R en
muchísimos sentidos.

Un agradecimiento muy especial a mi querido amigo, José Antonio Lugo, por su sapiencia, paciencia y apoyo incondicional para hacer posible este libro.

A Patricia Rosas y a la Universidad de Guadalajara por su invaluable apoyo para la publicación de esta segunda edición.

A Gonzalo, cariñoso, paciente e inteligente lector.

"Un día, estando sentados en el parque, me explicó que todos tenemos una determinada idea de nosotros mismos, tal vez apenas esbozada, confusa.

Se reconocían en las cosas que ocurrían, en los objetos, en los colores, en el tono, en determinada lentitud, en la luz, y también en los personajes, claro, pero en todos, no en uno solo, en todos, simultáneamente, ¿sabe? Somos un montón de cosas, y todas ellas juntas.

…Yo soy toda esa historia, soy el sonido de esa historia, el ritmo y la atmósfera, y cada personaje de esa historia, pero con una exactitud desconcertante soy incluso ese paisaje, siempre lo he sido y lo seré por siempre."

Alessandro Baricco
Mr. Gwyn

Prólogo

Las quimeras de Pedro

Gilberto Guevara Niebla

Desde hace un tiempo mi amigo, mi hermano, Pedro, me confió su anhelo de escribir literatura y a lo largo de meses, tal vez años, he sido testigo de su lucha afanosa, penosa, para encontrar las palabras que lo expresen a sí mismo.

La regla que siguió fue ésta: para escribir hay que leer. Y, movido por su ambición literaria, Pedro quiso leerlo todo. Sus amigos nos acostumbramos a verlo en estos últimos años cargando con volúmenes, algunos imponentemente gruesos, que leía a todas horas y en cualquier circunstancia.

Este método fue exitoso. Pedro por fin ha logrado hablar con "el magín", sacar de él su alma de poeta, su voz de enamorado, sus sueños, su costado emotivo, esforzándose por re-nombrar al mundo y darle una forma distinta, imaginar de nuevo las palabras, reinventar la realidad, lo cual obliga, como él dice, a separarse de esta cruda, tosca, vertiginosa vida cotidiana que nos encadena, nos niega, nos aplasta. Esta separación hace sufrir (es como un parto socrático) porque estamos profundamente arraigados en el ser racional de la rutina morosa, dolorosa de nuestras vidas.

Él ha buscado (y encontrado) palabras sin significado y significados sin palabras, suavidades del lenguaje y verdades que no entran en el universo de la lógica. Su escritura nos sorprende, nos divierte, nos provoca y nos invita a pensar el mundo de otra manera —fuera de los confines del sentido común— desde las playas del sentimiento y del deseo, es decir, del amor, del sexo, del dolor, de la compasión.

Por otro lado, hay una línea del absurdo: un caminar sin destino, un decir lo no coherente, un deshilvanar palabras, o confundirlas, o invertirlas. Un acercamiento a la locura.

Pero la constante es el sujeto que busca una verdad, su verdad, entre la maleza del lenguaje. Esa exploración la realiza con una pasmosa, ingenua, sinceridad; condición que el lector goza y agradece. Pero esa búsqueda insiste en revelarse con bellas palabras, en expresarse como prosa poética.

El que escribe es también un sujeto que sufre y, al mismo tiempo, está enamorado de las mujeres, del mar, del cielo, de las estrellas; en fin, enamorado de la vida.

Estamos ante un texto literario: prosa o poesía, no importa, ambos planos se confunden. No es que Pedro nos asombre. El fin de la poesía, decía un clásico, no es el asombro, sino expresar lo que otros hombres han pensado, pero nadie ha expresado de modo tan cabal. Eso es lo que hace nuestro autor.

Claro, la poesía no sigue la lógica de la opinión, sino que cala más hondo. Se interna en el mundo de los símbolos y busca para ellos nuevos significados. Bor-

ges dice que la actividad de soñar es la que más se parece a escribir, salvo que en literatura se trata de un sueño dirigido por el que escribe.

Aquí no hay un sueño; hay varios. Los sueños de Pedro surgen de un solo ego acongojado, alegre, exultante, reflexivo, lúcido y por momentos luminoso. Él los ha deshilvanado en retazos —según él dice— para divertirse y para divertirnos. Nosotros, desde luego, se lo agradecemos.

Palabras primeras

Me parece recordar que en algún viejo libro español de caballería, con grande osadía y no menor tino, ampliábanse a cuatro las potencias del alma reconocidas por la Santa Madre Iglesia. En este vastísimo y erudito tratado, a la memoria, la voluntad y el entendimiento, se agregaba el descomunal poder del magín.

Pésele a quien le pese, y pase lo que pasare, yo, que en más de una ocasión he sido tachado de hereje, apóstata y blasfemo —aunque muy a mi manera, consciente o no, he cumplido con algunos preceptos eclesiásticos—, no puedo sino estar de acuerdo con lo asentado en el susodicho tratado pues, ¿cómo, si no, podría comprenderse el alma de los poetas, de los enamorados, los soñadores despiertos o los locos heridos de luna?, ¿cómo podrían entenderse los humores de los magos y los brujos, de los alquimistas, los inventores y los descubridores de nuevos territorios, de los músicos, pintores y todos quienes han contribuido a ampliar nuestro mundo mirándolo diferente?

Mirándolo diferente, como Pico della Mirandola quien, según dicen, siendo casi un crío, antes de viajar por Italia y Francia con la finalidad de estudiar idiomas para poder leer la versión original de textos como *La Cábala*, *El Corán* y los *Diálogos de Platón*; antes, incluso, de secuestrar a la bellísima esposa de Giuliano

Moriotto dei Médici, pariente pobre de esa noble casa, y sufrir de manera estoica las consecuencias de tal hazaña, ya miraba distinto el mundo, si bien no todavía con la sapiencia y, sobre todo, el sosiego que sólo concede el tiempo, reflejados posteriormente en sus celebérrimas *Conclusiones Philosoficae, Cabalisticae et Theologicae*, mejor conocidas como *Las 900 tesis*.

Pues es de esto, precisamente, de mirar diferente, de imaginar de nuevo las palabras, que trata este libro que, con toda humildad y modestia, hoy pongo en vuestras manos, estimada lectora, estimado lector, sin más pretensión que la de divertiros y divertirme, pidiendo de antemano disculpas si alguno de los textos aquí incluidos ofende vuestra dignidad. Ruego a vuestras mercedes indulgencia para con este servidor, cuyo principal pecado ha sido, en todo caso, debatir consigo mismo cada mañana si regresar a los brazos de Morfeo con la esperanza de imaginar nuevos horizontes o anclar en la grosera realidad, siguiendo la sibilina práctica de mirar el techo de su morada, cuyas manchas de humedad toman caprichosas formas —desde una cara narizona que se convierte en oso, hasta una flecha que se transforma en diablo con cuernos cortos— para sentenciar si los vientos le serán propicios o mejor haría en permanecer en cama y no levantar cabeza hasta el día siguiente.

Porque no es fácil de creer, pero imaginar y renovar las palabras son tareas harto difíciles, que exigen la mayor concentración para mantener la desconcentración necesaria, percibir y nombrar distinto el mundo, reinventándolo una y otra vez. Y son también tareas tan ingratas que sólo muy, pero muy de vez en cuando, se obtiene de ellas alguna recompensa, eso sí, tan grande, tan intensa,

que tiene más densidad que la vida misma. De hecho, son estas valiosísimas quimeras las únicas que pueden cambiar el mundo aunque, en ocasiones, a su creador pueda irle en ello la existencia. Tan poderosas son que con el correr de los años, sólo ellas refulgen en la memoria, secando el resto de nuestro tiempo, hasta tornarlo lento, plano, opaco, y condenarnos a añorar, con nostalgia, aquellos instantes mágicos, idos para siempre.

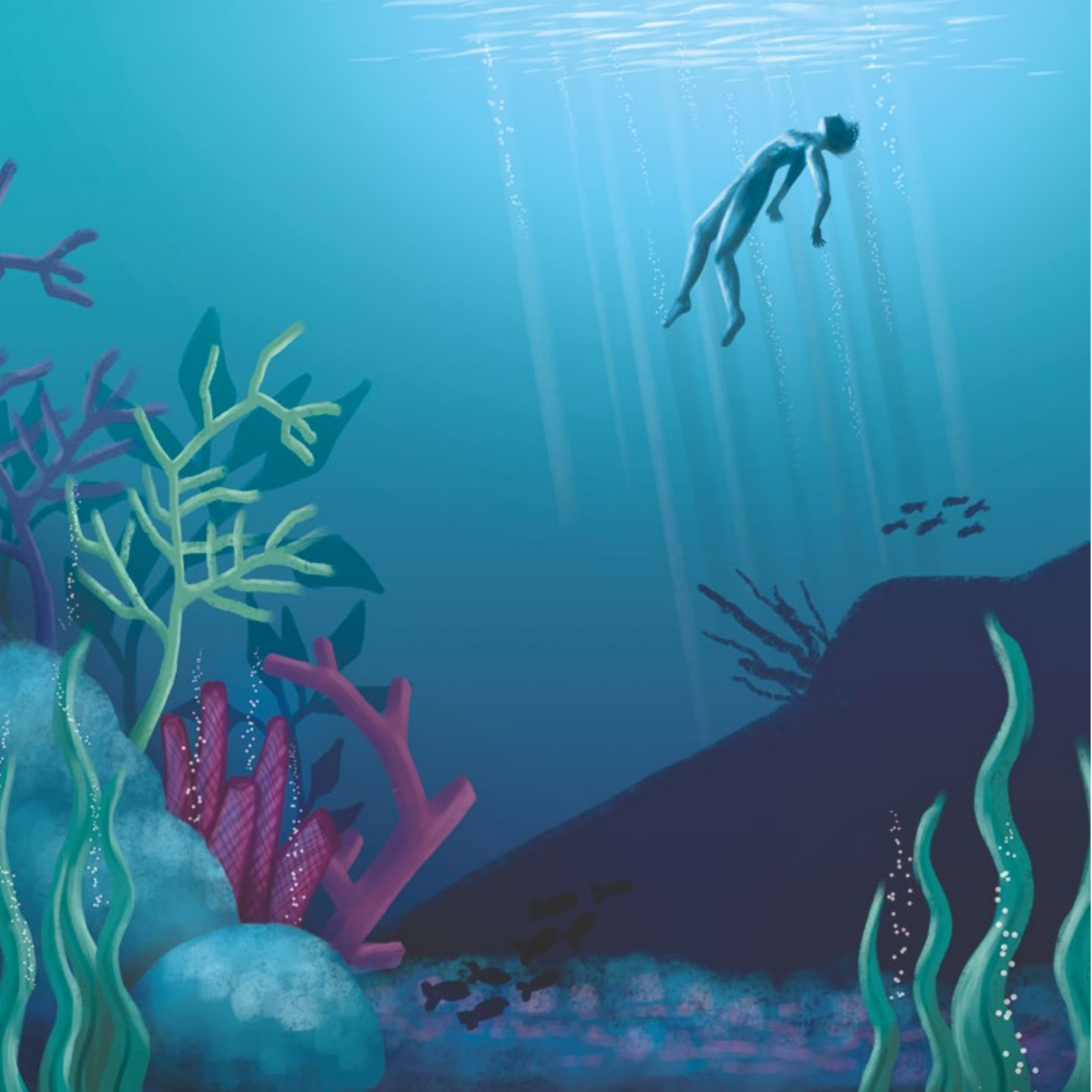
¡Uuuuuhhhhhhhhhh!

¡Uuuuuuuhhhhhhhhh!

… ulula el viento en el desierto

… y nosotros nos movemos, huérfanos, a ciegas, deslumbrados por el sol que rebota en la arena, sedientos de esos momentos que alguna vez iluminaron nuestras vidas, permitiéndonos mirar diferente, nombrar lo innombrable, o callar.

Pero, ¡nada! …sólo queda imaginar.



El mar

¡Ssshhhhhhaaaaaa! dice el maaaaaar,

¡Braaaaaaahhhhhhhhh!, brama ahora con más fuerza…

¡Oceaaaáaaano, océeeeaaaaano-maaaar!, lo acaricia el viento,

El mar, ese "inmenso receptáculo de las olas… de aguas profundas… con su gran ruido, poblado de peces y de ballenas, de tiburones, de animales innumerables, espantosos, horribles y de variadas formas, infranqueable por sus remolinos profundos, que llevan el miedo al corazón de las criaturas"; ese mar que nos revela el *Majabhárata*, el mismo Océano-Mar de Baricco, el mar del viejo del que habla Hemingway, el de Melville, el del inconsciente freudiano, el gran útero.

El mar es tan pavoroso como una hoja en blanco, porque escribir es poner el alma en juego. Escribir es como pintar, invadir un espacio con trazos y dotarlo de

significados. Escribir y pintar son formas de cortar el mar, lanzando una red para segmentarlo, cuadricularlo, atrapar algo y encontrarle sentido. Un segundo después de cada intento, el mar se traga la red y se rehace como totalidad misteriosa, inabarcable, indescifrable. Sólo por unos instantes, la luz agazapada en el papel, esa luz que dormita en los libros, esa chispa virtual en Internet, iluminan como peces fosforescentes a quienes leen.

Después

… otra vez el mar.

Hace algunos años, yo tenía un amigo que un día, sin venir a cuento, a la mitad de una fiesta, aprovechó un silencio para levantarse y, con voz estentórea, un tanto pastosa, declarar:

"¡Los terpines garulan en el alenjis!"

Como la mayoría de los asistentes, que a esas alturas ya éramos candidatos potenciales a "El Torito", al escuchar la frase me doblé de risa. Pero Luis no cejó; cuando finalmente pudo sobreponerse al barullo que armó nos explicó que la frase tenía una sintaxis perfecta y era totalmente coherente; que las palabras *los*, *en* y *el* le daban pleno sentido y permitían saber que, fueran quienes fueran, los terpines garulan (yo garulo, tú garulas, nosotros garulamos o ¿garuleamos?) en algún lugar, objeto o tiempo, llamado el alenjis.

El día siguiente, después de la cruda, luego de darle mil vueltas al asunto y de ensayar algunas frases como la de los terpines, me convencí de que Luis tenía razón, que las palabras adquieren la mayor parte de su significado por la

posición que tienen dentro de una oración. Me convencí también de que ya conectadas, el resto de su significado se lo da el tipo de discurso al que se articulan. Si en vez de terpines pensamos, por ejemplo, en una vaca, resulta que, como me enseñó hace mucho un querido maestro, puede ser un mamífero rumiante articulado al lenguaje de la biología; propiedad de un ranchero si es parte del discurso jurídico; un medio de producción de carne, de leche o una mercancía si es vista por un economista; un símbolo freudiano en un sueño y hasta un objeto religioso en la India.

Pero la cosa no para allí: así como la semántica de la vaca cambia en función del discurso al que se articula, puede también modificar su destino, al punto de que una pobre vaca nacida en la pampa argentina puede, contra todo pronóstico —y posiblemente también contra sus deseos—, concluir su vida en una fábrica de zapatos en Italia.

Lo que quiero decir es que nuestras formas de cortar el mar, nos lo explican, pero también lo transforman. Por ejemplo, cuando decidimos que Juan es mala influencia para nuestro hijo y le prohibimos verlo; o aceptamos un símbolo que indica que en tal esquina está prohibido dar vuelta a la izquierda, o cuando asumimos en palabras que estamos enamorados o enfermos; o reconocemos que todos debemos ser solidarios; que la aceleración en el vacío es de 9.8 metros por segundo, que la fuerza de gravedad es una deformación en el espacio producida por los cuerpos, o que los quarks tienen *spins* de diferentes sabores.

Aceptando frases como éstas, decidimos casarnos, o hacer volar aviones, o participar en actividades políticas, o sancionar a quienes incumplen las leyes; en otras palabras, asumiendo distintos lenguajes organizamos nuestras vidas. Así, las palabras contribuyen a transformar el mundo y también a nosotros mismos.

Pero al mismo tiempo, al nombrar las cosas, limitamos el universo, cerramos sus posibilidades, lo empobrecemos y nos asfixiamos, dejando fuera lo que no cupo en el nombre. Entonces, lo que es bueno no es malo, lo que es falso no es verdadero, lo que está frío no está caliente. Dicho en otras palabras, al nombrar las cosas también podemos fosilizar nuestra percepción del mundo porque, optando por algunos de sus significados, renunciamos a muchos otros, a apreciarlo todo al mismo tiempo, a intuir la inmensidad del mar.

Y en el caso de la palabra escrita, la cosa es todavía más compleja pues, como la escritura es secuencial, lineal, con Auster, "la pluma nunca será tan rápida para reproducir todo lo percibido. (...) Mucho de lo percibido se pierde para siempre, mientras que otras palabras, tal vez volvamos a recordarlas y a olvidarlas una y otra vez".

Entonces, como en el mundo de Italo Calvino, en nuestra cabeza —y en nuestras sociedades— vagan cosas sin nombre y nombres que ya no representan cosa alguna, y otros que todavía lo hacen o que nunca lo harán. Cada uno de nosotros —y cada sociedad; en cada momento— construye su propia historia con las palabras que ha hecho suyas, entre las cuales algunas han ido perdiendo significado,

otras lo mantienen y unas más surgieron recientemente y están de moda. También hay palabras que aún no han sido dichas, unas que no sabemos lo que significan y otras más —muy peligrosas— que "no deben" decirse.

Palabras al viento

... the fool on the hill
sees the sun going down
and the eyes in his head
see the world spinning round.
-Los Beatles

Vive a la orilla del acantilado, en una zona de penumbra entre las nubes y el mar. Le gusta dar vueltas sobre su propio eje, lo más rápido que puede, mirando hacia arriba y con los brazos abiertos, hasta que se marea y comienza a tambalearse. Entonces se detiene en seco y siente que todo, excepto él, sigue girando. Se ríe. Cuando llueve, las gotas le caen sobre la cara, cierra los ojos y abre la boca mientras recuerda lo que nunca supo. Así pasa el tiempo cuando no pasa otra cosa en el tiempo. Pero esta noche sí pasó algo nuevo, o al menos algo que él nunca había visto. Aunque Andrés no había dado de vueltas, el cielo giró, lenta, muy lentamente, tanto que se tardó tooooda la noche, pero giró. "Bailaron juntas las estrellas, sin acercarse ni alejarse unas de otras, guardando cada una su lugar. En cambio, la luna no sabe bailar, se mueve para donde quiere. Tampoco una estrella gorda que siempre se va de lado, unas veces hacia arriba y otras hacia abajo. Cuando comenzó a amanecer ya se habían cansado tanto que se

fueron poniendo pálidas, hasta que desaparecieron… o se fueron a dormir. O tal vez las espantó el sol, tan presumido, con toda esa luz, reclamando para él solo todo el cielo".

Así se lo contó a Renata cuando lo encontró ya bien entrada la mañana, pálido como estrella, muerto de frío, sentado al borde del acantilado y lo llevó a su casa a dormir. Como no lo habían visto en el pueblo, todos creyeron que Andrés estaba perdido. Él sabía que no. También Renata lo sabía. Por eso cuando después de buscarlo durante horas alguien del pueblo le preguntó por él, ella supo inmediatamente adónde ir: allí, donde da la vuelta el viento, donde te mece el cabello y te zangolotea la ropa, donde se ve mejor el cielo.

Antes, cuando vivía con la abuela en la casita del centro de la ciudad, hablaba de muchas cosas con la gente. Nadie le hacía caso. Desde que ella murió y lo trajeron a vivir acá, ya sólo habla con Renata, con las nubes y el mar.

Well on the way,
head in a cloud,
the man of a thousand voices
talking perfectly loud.
But nobody ever hears him,
or the sound he appears to make…

Fue en la ciudad donde aprendió que toda la gente vive y baila al ritmo de los relojes organizadores. Hay muchos, de distintos tamaños y colores; cada uno camina a su ritmo, unos más rápido, otros van perdiendo velocidad conforme pasa el tiempo y otros más, por el contrario, se aceleran. Entre todos ordenan la vida de la gente, le dicen cuándo es tiempo de dormir y cuándo de estar despiertos; cuándo hay que trabajar o descansar, estar tristes o contentos. Las campanadas de cada reloj suenan diferente y, aunque todos las escuchan, cada quien le hace más caso a unas que a otras.

Tic-tac, tic tac, hace el reloj que se tragó el cocodrilo que luego se tragó también al Capitán Garfio.

Clic-clac, clic-clac, dice uno más chico,

Cliiiiic-claaaaac, otro ya cansado,

Clic-clic-clac, clic-clic-clac, uno que tiene hipo o está cojo,

Claaaaan-claaaan, uno grande y flojo.

Juntos hacen tanto ruido que sólo se escucha nada. Hay que estar muy atentos para oír lo que dicen las campa-nadas.

El reloj de la luz dice la hora de levantarse y dormir. El de la semana separa los días de laborar de los de descansar. El reloj de las estaciones nos dice si hay que huir del calor, la lluvia o cubrirnos del viento o del frío, organiza nuestra ropa e influye en cómo nos sentimos.

La primavera es calor, renovación, flores y frutos.
Especialmente en abril
se echa a la calle la vida.
Cicatrizan las heridas
y… al paisaje se le suben
los colores a la cara.
—Dice Serrat.

Con las lluvias del verano se respira mejor, la piel de la tierra reverdece y con ella nosotros. Luego el viento de otoño tira las hojas secas de los árboles y limpia las noches. ¡Otra vez llega el frío invierno! Montados sobre el reloj del año, iniciamos enero llenos de sueños, de proyectos, que se cumplen o desgastan hacia noviembre o diciembre, abriendo un tiempo de recuentos, de saldar cuentas y también de perdonar. Los que ya no pueden, los más cansados y los más viejos, mueren con el calendario.

El reloj de los astros. Yo nací bajo el signo de Cáncer. Dicen los que saben que eso me salpica de agua. Con Sabines, "yo no lo sé de cierto, lo supongo…" El reloj

del cuerpo, a pesar de siglos de domesticarlo, tiene su propio ritmo, le da sueño cuando le da sueño, y lo mismo pasa con el hambre. Las mujeres viven el ciclo de la luna y los hombres otros ciclos, de otras lunas.

El reloj de los vivos y los muertos. Mi ánimo, por ejemplo, está marcado por el almanaque. Nací diez días después de la muerte de mi abuelo, el padre de mi padre. En cierto sentido, lo sustituí, convirtiéndome en el padre de mi padre, además de ser su hijo. Mi padre nació y murió en abril y, muchos años después mi madre también se fue por esas fechas. Por eso, para mí, siguiendo al mismo bardo,

Especialmente en abril
la razón se indisciplina
… sin atender, imprudente
el consejo de Neruda:
que las nieves son más crudas
en abril, especialmente.

El reloj del dinero: a veces quiero pero no tengo, otras tengo pero no alcanza y unas más, las menos, tengo y alcanza pero no quiero. Así me llevo yo con el dinero… y con las mercancías… de ahorrar ya ni hablamos.

Pasan otros relojes, discutiendo o jugando: el de "tengo que hacer esto aunque no quiera", el de "tengo miedo y no lo puedo hacer, aunque quiero", el de "si

usted no cumple con sus obligaciones será sancionado". Andrés los mira, azorado. Corren los relojes, alocados, se cruzan, a veces chocan, se caen; uno de ellos se levanta, lleva un conejo con monóculo en la mano. Los relojes se hacen grandes y chicos, se chorrean, suenan, resuenan más fuerte o más quedito. De pronto, sus campa-nadas se mezclan con las del cielo y el mar. Entonces todas, en coro, seguidas por las nubes, gritonas, relampagueantes, luminosas, se funden. Se funden y se confunden, y también nos confunden en nuestras cabezas, y nos asustan, porque todo se opaca y se oscurece el sentido de las cosas:

¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡Barúmmmmmmmmmm!!!!!!!!!!!!!!!!!!!,

¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡Barrúmm!!!!!!!!!!!,

¡Shhhhhhhhhhhhh!

¡¡¡¡¡¡¡¡¡Claaaang-clannnnnggggggg!!!!!!!

Aaahhhhhhhhhhh,

¡Ya cáaaaaalleense!!!!!

!!!!!!!!!!

Finalmente, la cólera se vuelve lluvia. Se escucha el torrente que cae sobre las aguas del mar, se oye también su rugiente y poderosa respuesta.

El mar, siempre el mar

... aunque, a veces...

Las palabras riman

Cuando riman, las palabras se atraen, se reconocen; se acarician y cantan, arremolinándose en una espiral de sonidos, de imágenes, olores y colores, y van cayendo como hojas secas, se meten por nuestras ventanas, nuestros oídos, aunque también por los ojos, la boca, la nariz y por las manos, tus manos y tus dedos, haciendo vibrar quién sabe qué, quién sabe dónde y…

tin… tin-tin;
tin… tin-tin.

El viento ulula entre las palabras, a veces rima, otras no, más bien roma, o pasa Juan con una rama, en una canoa, rema que rema, pero la realidad no rima ¿o sí?... porque las casualidades eso parecen, rimas.

Salgo de mi casa, llevando una taza de café moka, la veo, se acerca y siento que, una vez más, me provoca y me sofoca, sobre todo si me toca. Por eso digo que también la vida rima; el viento rima con las nubes, platican, se acompasan, bailan. El viento rima con la tarde gris, ¡uuuuuh! sopla, ¡sshhhh! gotea la tarde, y juntos, viento y tarde lluviosa, riman con paraguas de colores, con gabardinas

mojadas, con tus cabellos que escurren por la frente, asomándose debajo del gorro de la manga de plástico azul que compraste a la salida del metro; cruzan por tus cejas, resbalan por tu nariz hasta que llegan a tus labios y, antes de que termines de decirme hola —para mi deleite—, se te meten por la boca. Así fue para nosotros la vida, así nos vivimos y nos bebimos, una y otra vez, durante cinco años; así te recuerdo, cuando tu rimabas conmigo, cuando salpicábamos las paredes de colores, calores y humedades.

Las palabras —tú decías— son invocaciones; y yo te contestaba, las palabras riman cuando salen de tu boca, cuando me hablas o te hablo al oído, así, quedito, despacito, cuando estamos muy juntitos y te acaricio, y te voy recorriendo a besos, lentamente, apoderándome poco a poco de tu cuerpo con la lengua. Primero tus cachetes y te muerdo, luego tu frente, tus ojos —quiero chupar tus ojos—; después tu cuello, allí, donde te pones chinita y lo doblas, y bajo y me atasco en tus pezones, hasta que llego a tu ombligo, y mientras meto mi lengua te agarro las caderas y te arqueas, y sigo bajando y me lleno la boca de tu pubis, oscuro, denso, y de tus ingles, allí donde todo es eléctrico, y te vuelves a arquear, y ahora estoy en el manantial del placer a borbotones, con mi lengua y mi nariz entre tus piernas, y te mueves más rápido, con desesperación, casi molesta, y palpita tu estómago, y también más abajo, más y más, hasta que ya no puedes más. Y empezamos de nuevo, yo a ti y tú a mí, y los dos juntos, una y otra vez, hasta morir cien veces… sin morir del todo.

Pero hoy, precisamente hoy, después de cinco años de no vernos, de no olernos, sorbernos y devorarnos; después de haber saciado por dos horas tanta sed acumulada, en uno de los largos y apacibles interludios, tú, recostada en mi pierna, yo, acariciando tu cabello, te dejas ir, divagas, habiendo apurado ese cigarro que —me cuentas— te dejó una tal Andrea, que es la amante de una amiga tuya, que acaba de estar aquí contigo y se fue tan sólo unos minutos antes de que yo llegara y entonces, en mí, se prenden los focos rojos y me van subiendo las bilirrubinas, y también la fiebre, y me estoy ardiendo más y más, y tú me cuentas que hoy ha sido el día más feliz de tu vida, tu celebración, ¡con ella y conmigo!, viendo languidecer la tarde, recorriendo nuestros cuerpos y dejándote recorrer, corriéndote y haciéndonos correr, de abrazo en abrazo, de boca en boca, montando y dejándote montar, una y otra vez, por ella y por mí, y dejándonos escribir a cada uno una parte de tu historia... condenándonos a adorarte para siempre.

Y entonces brinco, que ¿qué? ¡Óyeme, no! Así que lo de hoy no es nuestro feliz reencuentro, la recuperación del tiempo perdido, un nuevo amanecer en nuestra vida, sino sólo un capítulo más de la telenovela porno que te armaste ¡Si seré estúpido! ¡Cómo permití que me usaras! Y yo pensando que tu historia se iba a juntar para siempre con la mía, que podríamos escribir juntos, encontrar nuevas rimas. Te grito, me gritas, te tomo por los hombros, comienzo a zarandearte, me cacheteas y, como puedes, te zafas, corres al baño, te encierras. Me quedo en la recámara como loco, atolondrado, poseído por los tigres de la ira ali-

mentados por la larga espera, imprecándote, golpeando y jaloneando la puerta, hasta que siento un golpe en la nuca. Luego, me voy desvaneciendo… 7, 8, 9, 10, Knock-black-out.

Poco a poco me despierto. Un bip-bip como de música new age taladra mi conciencia; poco a poco voy reconociendo en el del respirador mi propio ritmo, pausado. Por ello, y por el penetrante olor a nada, intuyo que estoy en un hospital. Anochece; los fantasmas que proyectan los faroles de afuera en las cortinas son posiblemente unos pinos. Escucho el canto de un ave, corto, profundo, repetitivo, en cierto sentido irritante, mientras siento en la boca el regusto de un pensamiento que sabe a despedida, a tristeza:

uh uh uh uh…
uh uh uh uh…

¿acaso hubo búhos acá?,
¿acaso hubo búhos acá?… so hubo búhos a
… cá so hubo búhos en donde fuera que hubiera búhos el día que fuera?
… pa' delante y pa' atrás,
una y otra vez.

Mañoso palíndromo. Para adelante o para atrás, lo mismo da. Como nuestra historia, Renata, flaquita de mi vida; porque a la vida, como a las palabras, la sacude el viento, de ida y también de vuelta.

I didn´t mean to hurt you
I´m sorry that I made you cry,
I, didn´t want to hurt you,
I´m just a jealous guy…

Decía don Juan, el de Liverpool

Cuando ya no riman las palabras I

Run, Forrest, run!, resuena en su cabeza.

Quiere salir corriendo… y no precisamente como Lola, la de aquella otra película, en la que ella trota, infatigable, para salvar a su amor. No, él sí quiere correr, pero en sentido contrario, necesita huir de Renata antes de que sea demasiado tarde.

No soporta más, se siente asfixiado, desdibujado, como si se estuviera diluyendo. Ya no puedo seguir viviendo así —se dice; ¡me estoy secando! Es imposible satisfacer las expectativas de Renata. No sé cómo llegamos hasta acá, pero ya no aguanto. No lo niego, en muchos, muchísimos sentidos, estos cinco años han sido los mejores de mi vida. La primera vez que la vi, en la fiesta de 40 años de Luis, cuando contó aquella historia de los terpines, me impresionó tanto que me acerqué y le dije: "Hola, discúlpame que te interrumpa pero, después de esta noche, ya no podré vivir sin ti." Su primera reacción fue una mezcla de bochorno, estupefacción y coraje, pero después me miró a los ojos, retándome.

A pesar de que él le sostuvo la mirada, no pudo ocultar ni el hambre ni el miedo que le provocó su contundente belleza. Sobreponiéndose a su turbación,

sin decirle más, la atrajo hacia sí hasta sentir su respiración cada vez más agitada y la besó.

—A partir de esa noche, vivimos una pasión desenfrenada, tórrida —recuerda él—. Todavía me marea su mirada, sus enormes ojos castaños enmarcados por esas cejas perfectamente delineadas y esas pestañas rizadas, su nariz delgada y recta, los hoyitos que se le hacen en las mejillas cuando ríe, su cintura breve, sus amplias caderas y sus poderosas nalgas. Me sigue volviendo loco cuando, un rato después de morir de placer, a mis ruegos de "ven acá", ella, entre jugando y cantando, responde "¿para qué, qué vamos a hacer?".

Al principio, la atracción nos desbordaba. Apenas nos encontrábamos, comenzaba la disputa por desvestir al otro. Anhelante, yo buscaba desesperadamente sus pezones, su cadera, su boca para saciar esa sed insaciable que tenía de ella. Meses después, lo que comenzaba como un adagio, para ir *in crescendo* rítmicamente, terminaba en un abismo de éxtasis, que explotaba una y otra vez. Así pasamos mil tardes, mientras afuera del hotel en el que nos encontrábamos la vida fluía por la mojada y bulliciosa rutina de las tardes de verano.

"Tiempo de lluvias —otra vez Serrat—,
tiempo de amar a media voz,
de oír de nuevo el tic-tac del reloj,
de vivir de beso en beso,

entre paredes de yeso
y dejar los días correr".

¡Estaba loco por ella; creí haber llegado a mi último puerto! Desafortunadamente, ella creía lo mismo, pero de manera muy distinta: abrir las piernas, la puerta del cielo, era su forma de gritarme un sí absoluto, eterno, inmemorial, siempre y cuando…

Desde la primera vez que estuvimos juntos, me dijo que me había amado toda la vida, más aún, que me quería desde varias vidas atrás, que lo nuestro era otro rencuentro a través de los siglos. ¡Pero para Renata esa frase no era una licencia poética! Había depositado en mí todas sus expectativas, de ésta y otras vidas; ya sabía cómo era yo y estableció que nuestra vida debía ser la continuación de un gran amor que nació mil años atrás.

Incendiado por la pasión, durante los primeros años, él representó el papel que ella le había asignado. Las cosas marcharon aparentemente bien. Sin embargo, día con día le resultaba más difícil hacerlo, sobre todo cuando Renata le soltaba frases como "tú no piensas así verdaderamente", "¡qué te pasa, estás cambiando!", "lo que pasa es que no te aceptas como realmente eres", "no quieres reconocer lo que sientes", o la peor "tú no te preocupes, yo ya lo tengo resuelto".

Como rana expuesta al fuego en una olla desde que el agua está fría, no supo identificar los cambios graduales de temperatura, y sólo se dio cuenta de la pesa-

dilla que vivía cuando ya lo estaba quemando. Se sintió abrumado, solo, convencido de que Renata ni lo conocía ni le interesaba hacerlo; que no tenía la menor idea ni de sus sueños, ni de sus necesidades y miedos. Cuando quiso hablar con ella, su respuesta fue contundente: "Te conozco desde siempre —le dijo—, por favor, no me defraudes".

Él se quedó callado.

****

Se sentía como en la caminadora del gimnasio, corre y corre, sude y sude, ensimismado, solo, escuchando durante horas y horas el ruido que hace la banda al girar; y todo para quedar siempre en el mismo lugar. Aprendió a ver más de cerca, en detalle, hasta con cierto cariño el lugar y, descubrió que, aunque inmóvil, nunca era el mismo. La luz que traspasaba a chorros las ventanas durante algunas horas de la mañana, mudaba a mustia, oblicua, al pardear la tarde. También variaban los personajes que lo visitaban a distintas horas: desde las oleadas de ejecutivos que entran temprano a la oficina y las señoras de las once de la mañana, hasta los adolescentes de la tarde y las mujeres y hombres jóvenes que trabajan y en la noche se ejercitan.

Cada vez más agotado, siguió corriendo; poco a poco el gimnasio de su relación se fue quedando vacío. Desaparecieron uno a uno sus visitantes, ya

por cansancio o aburrimiento, ya por envejecimiento e incluso algunos, los menos, porque murieron en el esfuerzo. Hacia el quinto año, ya nadie se paraba por allí. Sólo quedaron el viejo portero que le abría cada mañana y apagaba las luces cuando se iba, y él, que seguía corriendo, chorreando sudores, totalmente quemado, escuchando el cada día más chirriante ruido de la banda de la caminadora.

Cuenta el portero que la noche que Andrés abandonó el gimnasio por última vez, antes de perderse en la oscuridad, a paso cansino y con su maleta a cuestas sobre la espalda encorvada, lo escuchó suspirar profundamente y musitar:

¡La amé,
¡ahhhh, cómo la amé!

Cuando ya no riman las palabras II

Aunque ni Renata ni Andrés lo pusieron en palabras, los retrasos en las llamadas y los constantes pretextos para aplazar su encuentro hablaban por ellos. Cuando finalmente lo hicieron, la tarde fluyó como en otras ocasiones, pero esta vez no se miraron en los ojos del otro mientras hacían el amor, ni fundieron sus bocas ni se susurraron al oído. Sólo se amaron con urgencia y con mucho rencor.

Cuando finalmente ella se levantó para darse un regaderazo antes de regresar a la aridez de su vida en ese barrio escondido del viejo Coyoacán, con su marido, con sus hijos, sus clases de aerobics, de pintura y sus obras de beneficencia, supo que todo había terminado. Con nostalgia, al llegar a la entrada del baño se volteó por unos momentos, lo miró con lágrimas en los ojos y mucho coraje. Se sentía traicionada, seguía sin entender.

Desde las primeras veces que nos vimos —pensó Renata—, quedamos en no exigirnos más de lo que teníamos, en mantener cada quien su vida. Con su rudeza acostumbrada, fue él quien lo propuso: ¡Nada de sentimentalismos!

No me di cuenta de cuándo cambió el viento, de por qué de repente Andrés empezó con esa necedad de ¡todo o nada! "Yo así ya no puedo —le dijo—, te quiero toda para mí, no una relación de hotel".

Él se levanta de la cama, triste, frustrado, también enojado. Se sienta en el sillón gris de la habitación del que fue su refugio desde el primer día, en el sexto piso del hotel "El Diplomático". Ya no la sigue con la mirada cuando entra al baño; se voltea y camina hacia el enorme ventanal que da al Parque Hundido y se pierde, mirando absorto a través del cristal las copas de los árboles y algunas parejas que pasean tomadas de las manos o abrazadas.

No supo cuándo se fue Renata.

Después de estar un largo rato ensimismado, regresa y se deja caer nuevamente en el sillón, mientras trata de explicarse lo que siente. La habitación va siendo herida por la luz menguante que entra por la ventana, mientras el silencio es fracturado de cuando en cuando por el murmullo de alguno de los elevadores del hotel.

Aunque piensa que no puede vivir sin ella, ya no está dispuesto a compartirla. Sin embargo, en el fondo sabe perfectamente que tampoco podría vivir con Renata. Para funcionar bien, él necesita preservar los que considera sus espacios vitales: trabajo, viajes, conciertos, lecturas y caminatas.

Abatido, sale de la habitación, toma el elevador y ya en la planta baja entrega, por última vez, la llave en el mostrador. Se va a caminar al parque. Se detiene ante las enormes manecillas del reloj de flores. Cuenta sus palpitaciones en espera de que empiecen a caminar hacia atrás para no perder a Renata.

No pasa nada,

¿Adan asap on?

Renata

Tormenta de palabras (Andrés sufre)

Está mareado, tiene miedo a desvanecerse, desintegrarse, perderse. Se disparan todas las alarmas de su cuerpo, la piel caliente, sudorosa, la respiración agitada, sofocada, la visión obnubilada. Se recuesta, cierra los ojos. Después de un rato de pelear con sus fantasmas, por fin se deja ir.

Todo da vueltas y poco a poco va tomando forma en su cabeza una bola, como una mora, pero mucho más grande y de un color azul, entre cielo y mar, reticulada en negro. Más vueltas, palpitaciones, no sólo en el pecho sino en las sienes. La energía se reordena dentro de su cuerpo, algunos músculos se relajan, otros se contraen intermitente e involuntariamente; siente descargas eléctricas fluyendo por sus pies, sobre todo el izquierdo, que terminan en un conato de calambre que lo obliga a flexionar la punta hacia arriba para evitarlo.

A pesar del miedo, mantiene los ojos cerrados. De entre un torbellino de sensaciones indefinidas va tomando forma, poco a poco, como espectro, una imagen. Algo o alguien desciende lentamente en el aire, en posición horizontal, acostado sobre una alfombra mágica o una tabla transparente, o nada, un cuerpo, ¿su cuerpo?, ¿su cadáver?, aunque más delgado y moreno, con una sonrisa serena pero triste, con ojos saltones y un gorro árabe sin borla colgante, de color rojo con algo

amarillo y también negro; desciende, desciende y asciende, y desciende una y otra vez. Ahora se revuelve el caleidoscopio y aparece una especie de pedazo de carne, una tira larga, pero más grande y de color entre naranja y bermellón, con facciones, ojos grandes, cejas pobladas, nariz y boca en negro; como una caricatura.

Habla, pero él no entiende lo que dice.

Otra vez todo se oscurece, y de repente la mora azul del principio toma la forma de un demonio. Su cabeza sigue girando, mantiene los ojos cerrados, apretados, boca arriba, las manos sueltas y el cuerpo lleno de vibraciones.

Explotan las palabras:

Ritma

Ainsber

Exnegueyal

Defalomir etde coursen

Dimberloque

Raculsar

Naculsar

rabim

Exqueguayen

Cirilorca

Ramufiento

… del malacambo

Mafisnorfe

Siente que algo perturbador lo tuvo poseído y ahora se desprende de su cuerpo. Él regresa poco a poco, urgido por la necesidad de escribir esas palabras, para no perderlas, abre los ojos, se incorpora, siente frío, escribe. Como un eco cada vez más lejano, siguen llegando palabras a su cabeza:

Tengo frío

Me da miedo reventar

Exqueguayen norfis

nalpas

Echánimes

espendrum nalpasiste

Se siente débil, lacio, todavía mareado. Se sienta al piano, la música fluye, él también. Ya es tarde, recuerda; recuerda también que cuando su padre enfermó, antes de saber que tenía cáncer, su cuerpo ya lo presentía; viene a su memoria aquel sueño que le contó de la máquina de escribir en el que su padre apretaba las teclas correctas, pero la máquina respondía sólo palabras como las que él soñó despierto hoy.

"… algo quiere ser dicho pero las palabras se niegan" —dice Tranströmer…
"Sucede que uno se despierta en la noche
y arroja rápidamente unas palabras
en el papel más cercano, en el margen de un
periódico (¡las palabras resplandecen de sentido!)
pero por la mañana: las mismas palabras ya no
dicen nada, garabatos, lapsus.
¿O fragmentos del gran estilo nocturno que
pasaron de largo?"

Palabras que irrumpen, significados que se asoman a la superficie, con la fuerza e intensidad de adentro, arrugadas, deformes, reflejo de lo innombrado; palabras y significados que sólo arañan superficialmente los sentimientos.

Amaina la tormenta (ma non troppo)

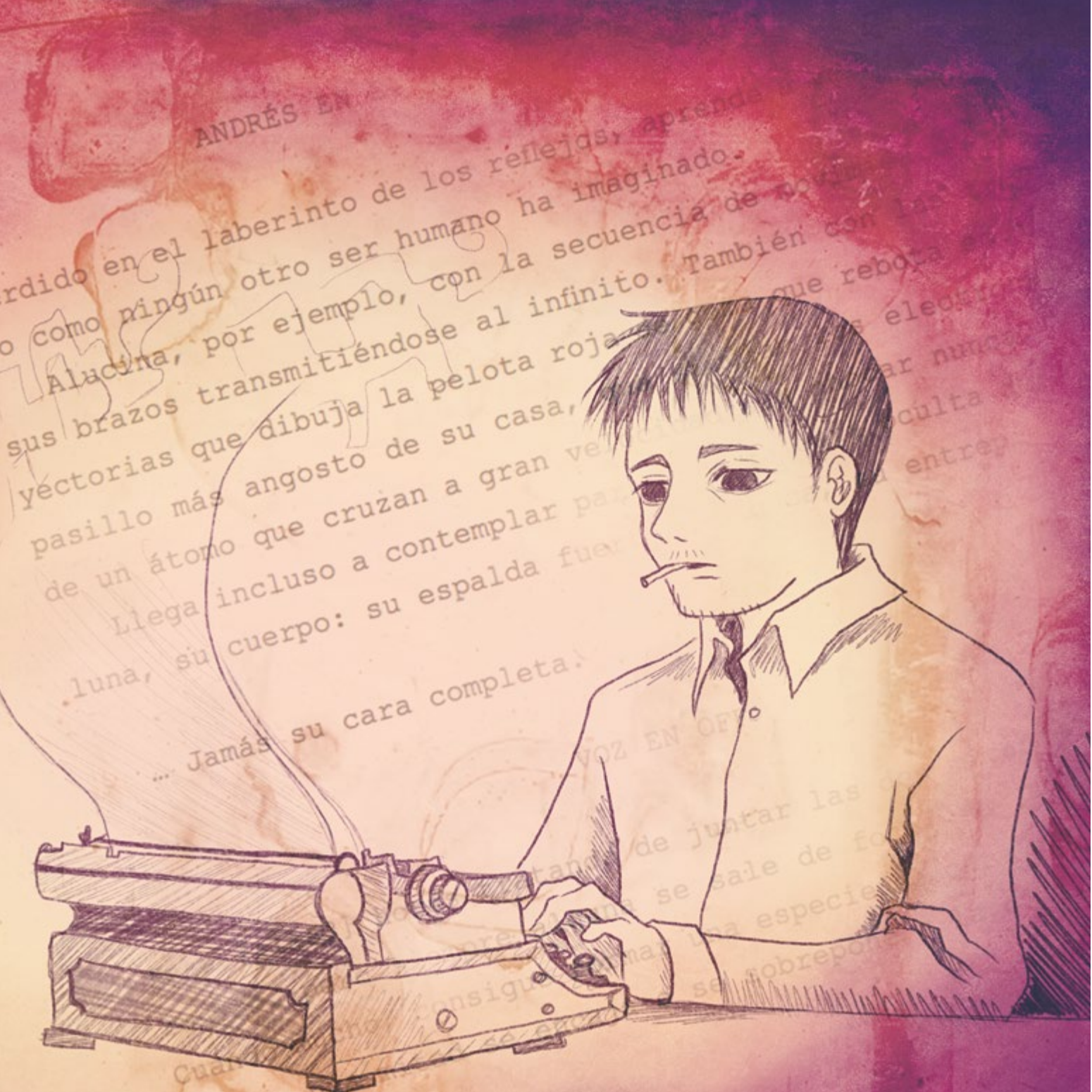
Intempestivamente, después de los calores llegaron las lluvias. Los paraguas tomaron el lugar de las sombrillas y las carreritas de los transeúntes, para huir de las salpicadas de los coches, el de ese andar cansino, lento, perezoso, para esconderse del Sol. En un abrir y cerrar de ojos se apagaron las jacarandas, el verde cundió por toda la ciudad y —ni modo— las maravillosas camisetas escotadas y sin mangas dejaron su lugar a los rompevientos y los impermeables.

Aprovechando el cielo azul que se asoma entre lluvia y lluvia, caminas por la Plaza de la Ciudadela mirando los corros que se han formado, de cuarentones y cincuentones, aunque los hay también de treinta y veinte, todos vestidos con sus mejores galas, para bailar danzón, salsa o merengue, mientras piensas en lo difícil que es llevar la fiesta en paz contigo mismo. ¡Estás loco! —farfullas— no deberías estallar tan rápido, te va a dar otro infarto de tantos corajes o alguien te va a golpear; si no le echas pleito al que se te cerró en el coche, fulminas con la mirada a la señora que no avanza en la fila del banco. Sobre todo deberías evitar pelearte con la gente con la que convives todos los días. Es imposible que en un edificio como en el que habitas no se escuche el ruido de los vecinos, sobre todo cuando, como los del 301, tienen tres hijos jóvenes; como esa parvada de adolescentes que

a balonazos se ha apropiado esta tarde de la explanada de la plaza, orillando a los vendedores de frutas y chicharrones, a los boleros, a algunas parejas de enamorados y a quienes, como tú, se encontraban leyendo plácidamente sentados —es un decir—, en las bancas de cemento alineadas a la jardinera roja de los arrayanes que está al lado de la lonchería de "La Esquinita", hasta que pasa un obús que sutilmente los conmina a buscar una nueva ubicación, si no mejor, al menos más segura. Ya sé que tengo razón —te dices—, que soy el único ser civilizado en todo el condominio, que tal vez dentro de tres generaciones quienes lo habiten habrán aprendido a respetar el derecho a una convivencia silenciosa; para no hablar de los atorrantes de esta plaza que necesitarían no tres sino diez generaciones para respetar a los demás. Pero bueno, al fin y al cabo, la gente hace ruido porque está viva y además, ¿cómo es que cuando estás en la plaza no te perturba la música con la que los grupos de danzantes buscan acaparar la atención del respetable? ¿Y cómo es que aquí sí te puedes concentrar para leer y no en tu depa, en donde el menor ruido te pone como león enjaulado? La verdad es que no has hecho más osos sólo porque desde que vives solo ya no tienes a quien echarle bronca como lo hacías con Renata, por lo que tus arranques terminan, casi siempre, contigo acostado en tu cama con una almohada sobre la cabeza, deprimido y maldiciendo en voz baja a los vecinos. Como la depresión de casi un año que te agarró cuando te dejó Renata, hace ya casi dos, para irse a vivir con Andrea y, de paso, sumido en la más absoluta miseria.

Quedó tan vacío tu departamento, sin muebles, tapetes, libros ni cuadros que se oye todo, y para colmo tienes que cruzar todos los días la ciudad para venir

hasta acá a chambear, y sólo a la hora de la comida eres libre y te escapas a esta plaza a disfrutar tu *lunch* y, si te da tiempo, a leer; eso, claro, hasta que los vándalos de la pelotita no irrumpen y te interrumpen. Y entonces, de puro coraje, te levantas y te vas a caminar. Pero bueno, lo de la caminada no está tan mal, porque se te baja el coraje mientras miras los adoquines y las losas de cemento, agrietados —como todas las construcciones en esta colonia—, el verde de las jacarandas, los gigantescos fresnos y los otros árboles que no conoces, y también la estatua del ángel nalgón que cuida ese costado de la Biblioteca México que, aunque no quieras reconocerlo, como que te excita y además te da por pensar con nostalgia en las paseos que hacías con Renata allá en Coyoacán, por todo Francisco Sosa, desde el arco colonial que está al inicio del jardín de la iglesia de San Juan Bautista —allí está, allí está, allí está, viendo pasar el tiempo, como la Puerta de Alcalá en Madrid, pero aquí en el *DF*—, atravesando la preciosa plaza de Santa Catarina para llegar hasta Panzacola y venga de regreso, agarraditos de las manos a cenar a "Las Lupitas"; cuando todavía te quería, porque el amor dura mientras dura dura, decía ella y se reía y tú que creías que era broma y ¡vaya con la bromita! de que ni dura ni blanda, sino que a ella le gusta Andrea. Y tú como menso, haciendo ejercicio para mantenerte en forma, sudando a cántaros, como las ráfagas de agua que ahora empiezan a caer sobre la plaza de La Ciudadela y te obligan a interrumpir abruptamente tus reflexiones y a salir corriendo, otra vez enojado, porque olvidaste tu paraguas en la oficina.


ANDRÉS EN
rdido en el laberinto de los reflejos, aprend
o como ningún otro ser humano ha imaginado.
Alucina, por ejemplo, con la secuencia de
sus brazos transmitiéndose al infinito. También con
yectorias que dibuja la pelota roja
pasillo más angosto de su casa,
de un átomo que cruzan a gran ve
Llega incluso a contemplar pa
luna, su cuerpo: su espalda fue
... Jamás su cara completa.

El vendedor de palabras

Escribe cada vez más sesgado, apretado, venciendo pesadas inercias, únicamente palabras frías, secas, metálicas que apenas rozan sus emociones. En el mejor de los casos, cadáveres de lo que alguna vez fueron; fantasmas estériles de lo que ya nunca será. Se vendió, a buen precio, es cierto, pero a un costo todavía mayor.

****

Espera, mientras desespera, hojeando con desparpajo *1Q84* de Murakami que tomó del librero. Está nervioso, impaciente por salir de la oficina, fugarse a caminar y divagar aunque sea por una hora por las calles del viejo San Ángel. Después, teme, tendrá que regresar a trabajar toda la tarde y, tal vez, también la noche entera.

Abruptamente, irrumpe Felipe, secretario de Jacinto, sobresaltándolo para, no sin cierta sorna, anunciarle que, ¡ooootra vez!, tendrá que quedarse, pues su jefe quiere discutir el guión con los productores mañana temprano.

Aunque ya se la esperaba, la noticia le resulta frustrante pues, en lo más íntimo, todavía albergaba la esperanza de poder invitar a Diana a cenar y, con

un poco de suerte, pasar la noche juntos. Pero lo que más le molesta es que ya se hizo costumbre que le pidan cambios de último momento, que lo obligan a quedarse a dormir en el sofá de la improvisada oficina que le montó Jacinto. Eso sí es un atentado contra sus costumbres. Él, que con la edad se ha vuelto tan metódico, sistemático y ordenado para trabajar. Más aún, lo es en todos los aspectos de su vida. ¡Detesta las sorpresas! Se levanta temprano y se toma la primera taza de café del día, acompañada de una tartina con mermelada de frambuesa, mientras lee los periódicos o alguna revista. Después, escribe durante tres horas, a su ritmo, mientras escucha música de cámara a buen volumen. Ya como a las once sale a caminar a Los Viveros, regresa, se arregla y lee alguna novela hasta que le da hambre por allí de las tres. Por la tarde, dos veces por semana, imparte su clase en la Facultad de Filosofía. El resto de los días, arregla el jardín, va al cine, ve una película en su casa o queda con Diana. Cuando puede, viaja a donde sea.

Por eso, la forma de trabajo que le ha impuesto Jacinto lo está volviendo loco. ¡Todo lo quiere para ayer, todo le urge! Él no está hecho para eso, atenta contra su dignidad. Por eso, últimamente no da una. Por más tiempo que pasa frente a su laptop, no logra incorporar ni una de las correcciones al guión. No se puede concentrar ni con los ejercicios de respiración tántrica que le recomendó Renata, su exmujer.

¡Y es que Jacinto dice que sí a todo lo que proponen, no sólo los productores, sino también los actores y, desde luego, los patrocinadores! Y sucede que todo

mundo considera que tiene algo brillante que aportar para mejorar el guión que él escribe, ¡su guión!

No se atreve a decirle a Jacinto que ya no puede, mucho menos a expresarle la opinión que le merece su desempeño como director. Han sido amigos desde que se conocieron en el CCH. A veces tiene la sensación de que todos tratan a Jacinto como pelele, sobre todo Zacarías que, por lo visto, es quien pone el grueso de la lana. Ha habido ocasiones en que le truena los dedos como si fuera su asistente, le pide que le sirva un trago y le gritonea. Jacinto apechuga sin chistar. Lo malo es que él es quien paga el pato, pues Jacinto le exige que tome en cuenta todos los comentarios y le entregue de un día para otro un guión consistente, que es como pedirle que mezcle agua y aceite para obtener un buen rompope. Cuando Jacinto le propuso que trabajaran juntos, nunca creyó que resultaría de esa manera.

> "¡Eso me pasa —se dice— por meterme en lo que no me importa! Yo soy escritor de novelas y, en todo caso, ensayista, pero no guionista, y mucho menos de televisión, en donde el guión cambia cada semana. ¡No sé en qué pensaba cuando acepté que hicieran una telenovela sobre mi último libro y, lo peor, que yo haría el guión! ¡Fue un craso error! Es cierto que necesito el dinero para terminar la remodelación de la casa, pero no a este precio, a costa de mi estabilidad emocional y hasta de mi salud. Ya no duermo, y no sólo por quedarme escribiendo, sino porque todo el día me lo paso estresado".

En algún momento de su vida, se convenció de que lo suyo era la novela, en buena medida porque le ofrecía la posibilidad de una vida tranquila, contemplativa, en la que podría establecer una rutina que le permitiría ir imaginando nuevos mundos, más ricos, más plenos, más coloridos. De niño, mientras sus hermanos salían a jugar con los vecinos, él se quedaba sólo, escondido en el fondo del jardín, viendo cómo el aire mecía los pirules, soñando despierto las más descabelladas aventuras mientras sentía pardear lentamente la tarde.

¡Qué lejos del paraíso se encontraba ahora! ¡Cómo se había dejado arrinconar! En el fondo, lo que a él le divierte es leer novelas y descubrir la manera en que cada autor va llevando al lector a nuevos contextos, obligándolo a imaginar cómo irá la historia. Es allí donde se recrea y disfruta al máximo.

Comparte la opinión de quienes sostienen que en una buena novela nada es gratis, que todas las aparentes casualidades son precisamente las que van tejiendo la trama. Si un autor, por ejemplo, escribe que el personaje principal de su historia, acompañado de una bellísima mulata, se detuvo en un puesto ambulante y compró dos mangos con chile, que después se fueron a comer sentados en la barda del malecón en el Puerto de Veracruz mientras veían la puesta del sol, lo menos que podría esperar el lector es que, acto seguido, se besen y suban abrazados a su habitación en el hotel Emporio.

En eso pensaba cuando se dio cuenta de que ya casi amanecía y todavía no había incorporado al guión una sola de las sugerencias que le pidieron. Se queda pasmado, paralizado. Cuando por fin puede reaccionar, se levanta de la silla gi-

ratoria en la que lleva ya más de siete horas sentado y va al baño, se echa agua en la cara, se mira al espejo, no sabe cuánto tiempo, y regresa a su escritorio. Sin pensarlo, toma el teléfono y hace una llamada, cuelga, se voltea para el otro lado, desconecta su laptop de la fuente de poder, la levanta sobre sus hombros y la avienta contra el póster de Los payasos de Fellini que pende en la pared. Acto seguido, escribe una nota en una hoja de papel doblada a la mitad que encontró en uno de los cajones de su escritorio:

Estimado Jacinto, ¡vete mucho al carajo! Me fui a Veracruz con Diana, la mulata, a comer mangos con chile en El Malecón,
Andrés.

Nota del editor: junto con la misiva que antecede, Felipe, secretario particular de Jacinto, encontró esa mañana el guión que debió haber sido trabajado por Andrés, obviamente sin ninguna de las correcciones solicitadas. Por considerarlo de interés para el lector, se incluye a continuación.

Cara: palabra incompleta
Por: Andrés Cayetano Quincunx Avelleyra

VOZ EN OFF

Dicen que una bruja lo maldijo al nacer porque su madre le robó al hombre de sus sueños. Como castigo, la hechicera arrancó de cuajo del diccionario de Andrés la palabra *cara*, para que nunca supiera cuán bello era. Por eso, jamás pudo ver su rostro completo en un espejo. Tampoco en el estanque cerca del pueblo al que acudía en noches de luna llena.

ESCENA PRIMERA
ANDRÉS ANTE EL ESPEJO

Por más que trata, sólo ve su mitad derecha: un ojo cansado; la mirada apagada, la boca con un rictus entre triste y burlón; o la izquierda, asustada, perpleja, con una sonrisa rígida, tensa. Nunca su cara completa.

VOZ EN OFF

No poder mirar su rostro le provoca un terror más grande que el de Dorian Grey cuando veía cómo se degradaba su retrato como reflejo de lo que ocurría en su alma. Mayor tam-

bién que el de la bruja de Blancanieves cuando el espejo le confirmaba que la niña era más bella que ella. Sí era peor su terror [¿angustia?] porque, al no conocer su rostro, tampoco podía reconocer sus sentimientos. Aunque nunca lo supo, eso le producía una gran frustración [¿angustia?]. También una enorme rabia [¿envidia?] contra los demás, porque ellos sí podían ver su imagen completa. Siempre tuvo la impresión de que todo el mundo sabía de él y lo juzgaba a sus espaldas, lo que lo hacía sentirse desnudo y vulnerable.

Acumuló tanto rencor que se fue aislando del mundo.

ESCENA SEGUNDA
ANDRÉS SE AISLA DEL MUNDO

De un día para otro deja de ir a la escuela; también abandona a su único amigo, su Neis, y reduce al mínimo sus salidas a la calle en donde antes solía platicar con algún conocido.

Convertido en un lobo solitario, sólo sale en la noche, a cazar para comer, a buscar su reflejo en el lago cuando hay luna llena o a robarse algún espejo.

Es tal su obsesión, que llena de espejos las paredes e incluso el piso y el techo de su casa.

ESCENA TERCERA
ANDRÉS EN EL LABERINTO DE ESPEJOS

Perdido en el laberinto de los reflejos, aprende a ver el mundo como ningún otro ser humano ha imaginado.

Alucina, por ejemplo, con la secuencia de movimientos de sus brazos transmitiéndose al infinito. También con las trayectorias que dibuja la pelota roja de goma que rebota en el pasillo más angosto de su casa, que simulan los electrones de un átomo que cruzan a gran velocidad sin chocar nunca.

Llega incluso a contemplar partes de la cara oculta de su luna, su cuerpo: su espalda fuerte, su nuca, su entrepierna

...jamás su cara completa.

VOZ EN OFF

Pasa [¿las?] horas tratando de juntar las dos mitades de su rostro, pero siempre alguna se sale de foco, se le escapa. Cuando mucho, consigue formar una especie de cara cubista en la que una mitad se encaja o se sobrepone a la otra.

ESCENA CUARTA
ANDRÉS ARREMETE CONTRA LOS ESPEJOS

Arremete contra los espejos hasta hacerlos añicos, pero los fragmentos sólo multiplican las perspectivas desde las que puede ver su universo, ¡con excepción de su cara!

Sus gritos de angustia recorren las calles vacías del pueblo hasta que, finalmente, casi al amanecer, lo alcanza el sueño.

ESCENA QUINTA
ANDRÉS SUEÑA CON RENATA

Andrés sueña con Renata [¡Renata, siempre Renata!], que ella lo ve, y que a través de sus ojos, y con su diccionario, puede observar su cara completa.

Piensa entonces que sí tiene salvación, pero al despertar y mirarse en los espejos sólo comprueba que nada ha cambiado.

Imposibilitado de contemplarse a sí mismo, se dedica a hurgar en las vidas de los demás desde sus sueños. Los mira hacia adentro, les grita en silencio y todos le temen, pues ahora es él quien conoce sus pasiones y miedos.

Sueña que sale a la calle. Que cuando lo ven venir, los demás se apartan o agachan la vista, pues su mirada es tan intensa que los quema.

ESCENA SEXTA
EN EL PUEBLO SUCEDEN COSAS EXTRAÑAS

En el pueblo comienzan a ocurrir cosas [¿muy?] extrañas. Uno de los pocos viejos que aún lo sobrevive [¡no queda claro!], cuenta que perdió la vista una noche que soñó que, envalentonado, le sostenía la mirada a Andrés cuando se lo encontró en una cantina.

También se escucha a Lencha relatar, muy enojada por cierto, que la cicatriz que tiene arriba de su ojo derecho le nació el día en que soñó que veía de reojo a Andrés a la salida de la iglesia.

Como ella, muchas de las muchachas del pueblo se sienten atraídas y al mismo tiempo atemorizadas por Andrés. Se dice que a más de una le hizo un hijo con sólo mirarla.

VOZ EN OFF

Una noche dejó de soñar, la noche en la que murió el último de sus conocidos en el pueblo. Lloró y lloró ríos de tiempo. Cuando se le acabaron las lágrimas, ya era un anciano.

ESCENA SÉPTIMA

GRAN FINAL

Con la espalda doblada por el peso de los años, balanceándose de un lado a otro, sale caminando por la puerta de su casa y abandona el pueblo para siempre.

Nadie lo reconoce al pasar,
nadie supo más de él,
hay quien dice que jaló para el monte.

FIN

La metamorfosis

I

Otea desde la atalaya de los tiempos; observa dentro y fuera de sí. Ha cambiado el mundo, también su mirada. Siempre pensó que para una buena vida bastaba con tener alas y raíces, que era suficiente con poder volar y saber por qué. No fue así; con el correr de los años las alas se atrofiaron y las raíces crecieron tanto que hoy pesan más que su cuerpo.

Siente miedo de que la tierra lo jale y se lo trague. Por eso, como la mayoría de los viejos, duerme poco y siempre interpone algo entre su cuerpo y el suelo, qué sé yo, una hamaca, un tapete o al menos una cobija. Hay incluso quien jura que lo ha visto, alguna noche, dormido a horcajadas en la rama más alta de un árbol.

Sus alas tienen ya menos plumas, y las que le quedan, más mugre y algunas están rotas. Sus articulaciones, rígidas, rechinan al moverlas. Camina encorvado, dando pasos cortos, pesados, y cuando por fin consigue remontarlo, su vuelo es errático y raso, como de mariposa.

Está solo en la cima de la montaña, sentado sobre una roca, con la cabeza entre las manos y los brazos acodados sobre las rodillas. Su mirada, estupefacta, se pierde en el horizonte. Llegó a la cúspide ya no volando sino trepando, casi arras-

trándose, sudoroso y sin resuello. Al crecer su pasado, se ha achicado su memoria y tiene la sensación de que su futuro se acorta rápidamente. La cercanía de Ítaca pinta de nostalgia los vuelos y andares que aún retiene en la cabeza.

—¿Cómo, entonces —se pregunta—, es posible defenderse de la muerte?

II

Soñar, quiere soñar pero cada vez son más las madrugadas que lo sorprenden con los ojos abiertos. Además, al despertar, los sueños se le escapan entre los dedos.

Soñar,

despertar,

soñar despertar,

soñodespertar,

¡soñar despierto!

¡Imaginar!

¡La imaginación como nueva cara de la memoria y el porvenir!

Con dificultades se levanta, se para sobre la roca, mira a los cuatro vientos y se concentra en el acantilado. Cierra los ojos y se imagina que salta. Ya en el aire, se deja ir, primero sin demasiada convicción, porque tiene miedo. Ahora sueña que flota con los brazos abiertos, sintiendo el aire en la cara y el pecho; que remonta el vuelo, surcando playas y cimas que conoce y no reconoce, cruzando las nubes, acercándose a las estrellas, se imagina que se eleva, se eleva, se va…

III

Distintas intensidades de dolor lo despiertan. Sabe que tiene costado derecho porque le duele; también la cabeza y el hombro izquierdo. No recuerda cuánto tiempo después el frío le hace delimitar todo el contorno de su cuerpo. Abre los ojos; arriba diversos tonos de azules, cafés, verdes, ¿ramas arrancadas por el viento?, ¿cielo?, ¿arena?, ¿agua? Lo de abajo fueron sus pies, ya no; ahora parecen colas de langosta, lamidas intermitentemente por el oleaje, ya calmo después de la tormenta. Ya tampoco tiene alas, ni manos. Uniendo sensaciones, colores y texturas se reconstruye poco a poco.

Antes de intentar cualquier movimiento, observa transcurrir el día desde el azul claro, cada vez más intenso y profundo, que estalla en el flamazo de naranjas y amarillos del atardecer y poco a poco se va diluyendo en colores pastel entre el rosa y el púrpura, hasta terminar en un negro plagado de estrellas. Sobrecogido, y tomando como referencia el Cinturón de Orión, siente, una vez más, cómo rota la bóveda celeste. —Tengo miedo— se dice. Se queda dormido.

Al amanecer, otro flamazo, ahora del lado opuesto, precede el retorno del sol. Con él, regresa también un recuerdo. —¡Renata! piensa exaltado. Trata de incorporarse de un salto pero no puede. Su cuerpo, flácido, resbaloso, no responde como antes. Azorado, mira a su alrededor y descubre una playa llena de moluscos como él, que despiertan e inician, lenta, trabajosamente, su marcha hacia el mar.

Palabras finales

(Otra Navidad en las montañas)

El sol, discreto, lánguido, después de iluminar y calentar tenue, tímidamente, durante todo el día, se va escondiendo lentamente tras las montañas. La niebla asciende del fondo del valle donde estuvo agazapada desde la mañana; avanza contundente, silenciosa, sobre las altas copas de los pinos y cubre con su manto las chimeneas humeantes y las dos aguas de los techos de las cabañas de este pueblo de madera.

En el horizonte, todavía despejado, los menguantes chorros de luz pintan las nubes de colores pálidos, cremosos, desde el rosa casi morado hasta el amarillo y el naranja. Después de danzar en el aire para atrapar insectos, y de cantar al día que muere, decenas de aves, como en remolino, caen intempestivas del cielo y se adentran entre las ramas de los árboles, para resguardarse del frío de la noche que se avecina. Arriba, otras parvadas todavía surcan el horizonte con rumbo al sur. Es Nochebuena.

Como todos los años, por estas fechas el pueblo rebosa de gente. Durante los últimos días, volando rumbo al sur como los pájaros, han llegado decenas de migrantes procedentes sobre todo de California, Illinois y Texas.

Algunos, como Andrés, han traído a su novia o a su nueva esposa para que la conozcan en el pueblo; la mayoría, cargados de bultos y regalos para sus mujeres e hijos, para su madre, la abuela, los hermanos y, desde luego, para los compadres.

En las casas hay un enorme bullicio, no sólo por la presencia de quienes regresan de su largo periplo, sino por las expectativas de la fiesta de esta noche, que cada año los hermana a todos.

Después de los abrazos y besos, de las lágrimas y risas de bienvenida; después de compartir las buenas y malas noticias de los últimos meses; después de un encuentro más con Renata en un paraje del bosque; después del pozolito de la abuela; después de un rato de reposo, Andrés lleva a sus sobrinos a colocar los regalos en el gran árbol que año con año adorna con esferas y luces de colores la entrada del salón de actos anexo al edificio del Comisariado Ejidal.

Luego de ir a la iglesia a dar gracias; después de cantar los villancicos y del intercambio de regalos junto al árbol, luego de los cohetes y la algarabía de los chamacos, las familias van entrando al salón de actos donde será el gran baile. Sobre todo las muchachas casaderas que se quedaron y los jóvenes que regresan aún solteros, lo han esperado todo el año.

Largos lazos de rama de pino, de las que cuelgan esferas doradas y rojas, adornan las paredes del salón. En el centro de las mesas redondas, distribuidas alrededor de la pista de baile, hay guirnaldas, también de pino, y todo tipo de bocadillos y dulces. En la que está exactamente del otro lado de la puerta del salón, las bo-

tellas, los hielos, los refrescos y los vasos de plástico esperan ya a los celebrantes. A su lado, en una olla muy grande, sobre un anafre de patas largas, humea el ponche que, como cada año, preparó doña Camila, y el aroma de los tejocotes, la caña, la jamaica, las ciruelas pasa y la canela, se mezcla con el de los pinos, impregnando y calentando el lugar.

Andrés regresa al pueblo después de una larga estancia en Stanford. Aunque ya no hay mucho que lo jale pa´ca, la tierra siempre es la tierra. Ya no están sus padres, pero una de sus hermanas sigue viviendo aquí, casada con Jaime, que fue como su propio hermano cuando eran niños. En mucho, este año ha venido por ellos y por sus tres hijos, para que conozcan a Renata.

Como no es persona de rezos, ha ido inventando su propia liturgia para estas fechas. Lo agarre donde lo agarre la Nochebuena, antes de cenar, busca un momento y un lugar para estar solo y pensar en cómo le va la vida. Este año, mientras todos se fueron a la iglesia, él se va a caminar por el bosque, a contarle de sus cosas y a escuchar su silencio, sólo interrumpido a veces por el canto de algún ave.

Uh, uh, uh, uh, canta un búho,

¿Acaso hubo búhos acá?

… fijando sus grandes ojos en Andrés quien, recargado en un tronco, con las manos entrelazadas por detrás de la cabeza, deja que lo atrape la noche.

Voltea para arriba y, por un claro que se ha abierto entre la niebla, escucha la voz del cielo.

Tin, tin-tin… titilan las estrellas,
manchando una franja del infinito de blanco amarillo.

Recuerda a sus padres, a sus hermanos y sus amigos del pueblo; rememora también sus correrías y travesías por el río, las inolvidables noches alrededor de la fogata escuchando las historias del tío Chepo.

¡Ahh, la nostalgia! Entonces todo estaba por delante, todo por venir.

Hoy, a sus sesenta años, ya no espera nada, agradece lo que llega. Ha vivido a fondo, intensamente. Ha amado y ha sido amado apasionadamente, ha batallado sus batallas, ha conocido muchos lugares y mucha gente. Sin jactancia, puede decir que ha arriesgado sus canicas, ha ganado y, aunque a regañadientes, también ha sabido perder.

—Sé que todavía traigo pila para un rato —se dice—, y pienso seguir aprovechando al máximo las oportunidades que me regale la vida. Al fin y al cabo, como dice el poeta:

"… un manjar puede ser cualquier bocado, si el horizonte es luz y el rumbo un beso".

Epílogo

… Y después de tanto ruido,

¡Sssh**hhh**hhaa**aaaaaa**!, dice el maa**aaaar**,

¡Braa**aaaaahhhhh**h**hh**!, brama ahora con más fuerza…

¡Ocea**aaaáaaa**ano, oc**eéeee**aaa**aa**no-maa**aar**!, lo acaricia el viento,

El mar, otra vez el mar,

… se traga las palabras de esta historia.

Sólo por unos instantes, la luz agazapada en estas páginas iluminó como peces fosforescentes a quiEnes Leían.

Después,

NuevaMente, el mAr se Rehace, inabarcable, inescrutable, indescifrable…

¡¡¡Bahhh!!!

¡Meras quimeras!
… piensa Andrés.

Xochitepec, Morelos, invierno de 2015

Pedro José Zepeda

Estudió en la UNAM y en El Colegio de México. Fue profesor-investigador en la maestría en Ciencias Económicas de la UNAM; coordinador de la maestría en Ciencias Sociales y coordinador de Investigación de El Colegio Mexiquense. Ha impartido clases en la facultades de Economía y Arquitectura de la UNAM, en la maestría en Planeación Urbano-Regional de la Facultad de Arquitectura y Arte de la UAEM en el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México, en el Centro de Investigación y Estudios de Posgrado del ITAM, así como en la Escuela Superior de Comercio y Administración del IPN.

Coordinó el libro *Vivienda para pobladores de bajos ingresos*, publicado por el Consejo Consultivo del Programa Nacional de Solidaridad (1994). Ha escrito capítulos de libros y artículos en revistas especializadas en temas de economía, desarrollo urbano-regional y educación, así como un buen número de artículos en periódicos del país. Entre 1995 y 2006 formó parte del equipo de discursos de la Presidencia de la República. Ha sido funcionario en las secretarías de Programación y Presupuesto, Desarrollo Social y Educación Pública.

Desde junio de 2011 participa en un taller literario coordinado por José Antonio Lugo e integrado por Yolanda Meyemberg, Ana Cosultchi y Alma Valdés.

Meras Quimeras
se terminó de editar en octubre de 2016
en las oficinas de la Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679, Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco